



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9768

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 28 DE MAYO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Farbour Montmartre, 31.

M^{ME} LEONIE BROUTIN

Modista de sombreros de París.

Ha llegado

PLAZA DEL REY, 16, PRAL.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.

—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Estudio sobre el anarquismo.

No hay cosa nueva debajo del sol, ni puede decir alguno: Ved aquí esta cosa es nueva: porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros.

(Salomón.—Eclesiastes I. 10.)

El anarquismo debe preocupar á los hombres hasta el punto de considerarlo (como algunos lo consideran) cual un pavoroso fantasma que trata de imprimir sobre la espalda de este siglo y sobre la frente del que vá á nacer, un ardiente sello de maldición y de venganza?

No, ciertamente, por fortuna. El mal tiene remedio.

El anarquismo no es otra cosa que un ronco grito de dolor arrancado del seno de la tan debatida cuestión social, la cual es, á su vez, un mal muy doloroso que la huma-

nidad padece desde los siglos más remotos.

Si la cuestión social es el desacuerdo en que los hombres han estado en todas las edades á causa de los privilegios que se ha reservado la riqueza, el anarquismo es la exageración del apetito con que los menos afortunados han querido conquistar un sitio, que creían correspondientes, en el festín de la vida social.

Lo que presenciamos hoy, lo que tememos para mañana ha tenido lugar entre los hombres desde remotísimas edades. La historia no lo dice, y como la historia de la humanidad es enseñanza experimental segura, en ella podremos aprender el génesis, el desarrollo, el apogeo y las laboriosas intermitencias de la vida del anarquismo.

No nos es permitido examinar la historia, ni aun á grandes rasgos, para dar cuenta á los lectores de lo que ella dice á este propósito, en los reducidos límites del presente artículo. Censurámonos, pues, á relatar los hechos más salientes.

Nada más sólido que la familia antigua bajo el régimen patriarcal, y por consiguiente la ciudad, en donde se agruparon las familias, llegó á ser con sus magistrados, sus dioses y su culto, aunque en pequeña escala, un estado más fuerte que las naciones de nueva formación á beneficio de su cohesión y sus costumbres. Y, sin embargo, ni aun aquellas pristinas sociedades pudieron sustraerse al providencial destino de toda colectividad humana, al de la revolución social progresiva; pero esta revolución que fuera santa si sus fautores fueran puros, en muchas ocasiones se convirtió en ardiente fiebre de las pasiones más abyectas.

Siete siglos antes del cristianismo empezaron ya á manifestarse las tendencias socialistas en Grecia y en Italia, y después de una lucha prolongada llegó á ser vencido el

patriarado por la plebe, en tanto que no fueron formadas las grandes nacionalidades.

Como ahora, luchaban entonces las ideas retrógradas y de privilegio frente á las nacidas por la libertad y la dignificación del hombre, oscurecidos por la ambición algunas veces. El pueblo, al fin, tras de una lucha secular, ensangrentada con frecuencia, logró alternar con la nobleza en la administración municipal, en el mando de los ejércitos y en todos los demás organismos del estado. Estas revoluciones fueron más bien políticas que sociales; pero sin embargo, el socialismo llevó su parte en el combate, no sin sacar partido de la fuerza bruta de las masas del proletariado algunos demagogos inteligentes y ambiciosos.

Sin contar las conquistas de la plebe por medio de las armas, tuvieron lugar en el transcurso de los siglos muchas reformas político-sociales, elaboradas lenta y silenciosamente á beneficio de la cultura progresiva de los pueblos; y esto á pesar del sacerdocio y del patriarado á cuyas clases privilegiadas se unían generalmente los plebeyos ricos.

Siempre la misma historia de tiranía egoísta de parte de las clases privilegiadas. Si ceden, es porque la fuerza de las circunstancias les obligan, pero la imprevisión de esa clase y su falta de piedad para el que sufre, han dejado latente en el corazón del pobre la idea del socialismo y en algunas imaginaciones desequilibradas la del anarquismo.

I. Martínez Rizo.

(Continuará)

TIJERETAZOS

En el barrio de las Injurias, de Madrid, se han dado de puñaladas dos hombres, por cual de ellos debía abonar

dos céntimos en una cuenta que habían pagado á medias.

En la reyerta quedó herida en cinco lugares de su cuerpo una joven que acudió á poner paz.

Total, ocho puñaladas por dos céntimos.

Más baratas, de valde.

Verdad es que más baratas no se dan ni entre salvajes.

Más puñaladas.

Estas son del género femenino y propinadas después de una juerga.

En los Cuatro Caminos, donde se verificaba, se alborotaron María Manzano y María Cuenca, y aquella le dió á ésta dos navajazos.

¡El ángel del hogar dando puñaladas á diestro y siniestro!

¡Qué espectáculo más interesante!

En la iglesia de San Ildefonso en Madrid, sonó el viernes un ¡viva la anarquía! que dejó fríos desde el cura que decía la misa hasta el último feligrés de la parroquia.

Lo raro es que quien dió el grito no es anarquista ni se da cuenta de lo que hizo.

Y es muy natural!

En cuanto digirió unas cuantas peras que se había bebido, dijo el hombre:

Ahora lo comprendo todo. Soy un bárbaro.

En los Estados Unidos han ocurrido unos motines, de los que han resultado cuatro muertos y varios heridos.

¡Valiente cosa!

Tratándose de América, donde las cifras entran por millones, eso es una bicoca.

Una especie de degeneración de las costumbres.

En Alicante han aparecido blancos los montes un día de estos.

Y dice un periódico que no se sabe si es nieve ó granizo congelado.

Santa Lucía le guarde al colega la vista y el conocimiento.

NOTAS

Continuemos con la Memoria de la Junta de Sanidad.

Dijimos en el número anterior, tomándolo del indicado documento, que la vida media es en Cartagena de 22 años.

Eso asusta y, francamente, no lo diríamos sino lo viéramos escrito en letras de molde en la Memoria; porque sabiendo eso; cualquier día nos visitan por gusto los forasteros.

Y todo porque la población vive hacinada en un peripetuo reducido; por que tiene á sus puertas el Almarjal lindando con el único paseo; por que los desperdicios del matadero se depositan al Oeste, al pie de las murallas; porque la rambla de Benipila está sembrada de lagunas infectas; porque en el Hondón hay encharcamientos; porque la rambla de Santa Lucía y las alcantarillas de Cartagena, arrastran hacia el mar todas las inmundicias de que la población se descarta y porque aquí, allá y más allá, en todas partes, hay estercoleros que lindan con los caminos y criaderos de cerdos situados á poca distancia de las poblaciones.

Con tales elementos no hay que extrañar que la vida media sea de 22 años; lo que admira verdaderamente es que su duración no se reduzca.

Examinando los estados que la Memoria contiene, se comprende desde luego la razón de que la vida dure tan poco. El correspondiente á los nacimientos dice que en el quinquenio de 1889 á 1893 nacieron 15.951 individuos. De estos vienen la luz dentro de la ciudad y sus barrios extramuros 8372 y 7579 en las diputaciones rurales.

En el mismo tiempo murieron en la ciudad y sus barrios 8729 y en las diputaciones 5729; de donde resulta que la población que vive en las condiciones que hemos anotado al principio, ha sufrido en un quinquenio una baja de 307 individuos, mientras la que vive en el campo, diseminada, sin vecindades peligrosas ó teniendo en sus proximidades focos infecciosos de menos importancia que los que tiene Cartagena, ha aumentado en el mismo tiempo en 1850 individuos.

¡A cuantas consideraciones se presta la comparación de las dos cifras que dejamos apuntadas! La una representa la enfermedad que enerva y consume para matar después. La otra representa la vida y la salud, sin la que no hay alegrías, esperanzas ni ilusiones.

606 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Uncas tiró su fusil que le impedía correr y se lanzó hacia adelante con impetuosidad. Heyward hizo lo mismo, pero un momento después reconocieron su imprudencia al oír un disparo cuya bala causó una ligera herida al joven Mohicano.

Redoblando sus esfuerzos y viendo una abertura, se lanzaron fuera de la caverna y se hallaron frente á la montaña, pudiendo llegar á tiempo para ver el camino que seguían los fugitivos.

Era necesario subir en camino escarpado, pero en un momento franquearon todos los obstáculos, y vieron que ganaban terreno sobre los Hurones, cuya marcha retardaba Cora.

—Detente, perro de los Wyandotts! gritó Uncas desde lo alto de un peñasco, agitando su tomahawk.

—No iré más adelante! dijo Cora deteniéndose de pronto al borde de un profundo precipicio, á poca distancia de la cabaña. —Puedes matarme destestable Hurón, pero no iré más lejos.

Los dos Hurones que la guardaban levantaron sus tomahawks, pero Magua detuvo sus brazos, y sacando su cuchillo se volvió hacia su cautiva.

—Mujer, escoge entre el wigwam y el cuchillo del Zorro Sutil.

Cora sin mirarle se puso de rodillas y extendiendo sus brazos hacia el cielo, dijo:

—Dios mío, soy tuya; haz de mí lo que te plazca!

EL ULTIMO MOHICANO.

607

—Mujer, repitió Magua con voz ronca, escójel! Pero Cora no contestó. El Huron levantó su arma amenazadora, pero en aquel momento oyó un grito penetrante, era Uncas que desde una altura prodigiosa saltó hasta el punto en que estaba su enemigo. Magua levantó la cabeza al oír aquel grito, pero aprovechando aquel momento uno de sus compañeros hundió su cuchillo en el pecho de Cora.

El Huron se precipitó como un tigre sobre el amigo que lo ofendía, pero Uncas en su terrible caída los separó, rodando á los pies de Magua. Este enfurecido por el asesinato de que acababa de ser testigo, hundió su arma entre los dos hombres de Uncas. Pero el joven Mohicano tuvo aun fuerzas para levantarse, y con un esfuerzo supremo tendió á sus pies al asesino de Cora cayendo enseguida en tierra. El ferroz Magua cogió por el brazo á Uncas incapaz de oponer resistencia, y le hundió tres veces el cuchillo en el pecho.

—Perdón! perdón! gritaba Heyward desde lo alto de una roca con acento desgarrador: ten piedad de los demás, si quieres que la tengan de tí.

En aquel momento el cazador avanzaba hacia él á todo correr, pero cuando llegó allí solo encontró los cadáveres de las víctimas.

Ojo de Halcón solo les echó una mirada y enseguida sus ojos se dirigieron hácia la montaña que se

610 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Apesar de esto, el sol encontró á los Lenapes llenos de dolor. Ni un grito de triunfo, ni un canto de victoria se oían por ningún lado, las mayores demostraciones de pesar habían sucedido á las aclamaciones de venganza.

Las cabañas estaban vacías, pero todos aquellos á quienes la muerte había perdonado se hallaban reunidos en un campo próximo, en donde formaban un círculo inmenso. Todos los ojos estaban fijos en el centro.

Seis doncellas Delawares cuyas negras trenzas caían sobre sus espaldas, cubrían de tiempo en tiempo con flores silvestres ó yerbas olorosas una especie de lecho formado con plantas aromáticas, en el que estaba tendido bajo un dosel formado apresuradamente con diversas telas, el cuerpo de Cora. A sus pies estaba de rodillas el desolado Muero. Su venerable cabeza se hallaba inclinada en señal de la sumisión con que recibía aquel golpe de la Providencia. La Gama estaba á su lado; su cabeza estaba expuesta á los rayos del sol, mientras sus ojos se dirigían del amigo á quien no le era posible consolar al libro santo que tenía en la mano. Heyward apoyado contra un árbol á pocos pasos, se esforzaba por reprimir su dolor.

Pero por triste y melancólico que fuera este grupo, lo era aún menos que el que ocupaba el lado opuesto.